

Hemos hablado del desinterés. Y nos quedamos cortos: diríamos mejor que Espinoza se transforma en este volumen en el abogado de las causas perdidas. Efectivamente: el mundo apenas guarda recuerdo para estas figuras que, como la de Trotsky, fueron grandes en determinados momentos y han pasado a un segundo plano debido, sin duda, a la ingratitud y el olvido de los valores permanentes del intelecto. En idéntico sentido debe interpretarse lo que Espinoza dice de Eugene Dabit y otros, que pasan cinematográficamente por estas páginas tersas y limpias en busca de una definición del espíritu de una época, inmediata, pero que parece remota, que los acontecimientos y la sensibilidad "como ausente" de nuestros hombres pretende olvidar. Balance a la vez de hechos que suelen escaparse de la conciencia colectiva, Espinoza presta en estas doscientas ocho páginas nuevo vigor, emocionado estudio y conciencia —"conciencia histórica"— de responsabilidad.—J. M. CAPO.

■

"COMARCA DEL JAZMÍN" y "SUS MEJORES CUENTOS", de *Oscar Castro Z.*

Pocas personalidades literarias de Chile han conseguido después de ausentarse del dinámico predio del ser, del vivir, entenderse o comunicarse, triunfos tan rotundos como este labriego creador que se llamó Oscar Castro Z. Triunfante en vida, satisfecho de terrenales laureles en plena juventud, es decir, a una edad en que la mayoría anda a trastabillones, el escritor rancagüino degustaba los buenos mostos de la victoria, en un campo donde los más se enredan las alas en las tempranas telarañas de sus propias ambiciones.

Personal, humanamente rebelde y puro, poseyó también el don formidable de la modestia, y las satisfacciones que le dieron las letras —a fuerza de luchas y revisiones sin medida— no fueron sino los basamentos para la construcción de una labor más grande y trascendente, o sea, ésta que la costumbre ha rotulado

como de póstuma. Bajo este sello le han acumulado nuevos triunfos sus libros: *Rocío en el Trébol*, *Llampos de Sangre* y *La Vida Simplemente*. Aquéllas, sus páginas primeras, no han querido permanecer a la zaga, y comienzan a exigir su reedición. De aquí la *Antología* poética editada por Editorial del Pacífico, e igualmente, esa maravillosa visión de la infancia que Augusto d'Halmar no trepidó en aclamar como maestra, y que se llama *Comarca del Jazmín*.

Es un libro que, sellado también por Pacífico, parece venir de regreso de un largo viaje celestial, a ocupar el sitio que le deparan los libros más recientemente publicados. *Comarca del Jazmín* es una historia y sus páginas mismas, que pudieran ser viejas, viejas de ocho años, se ofrecen acompañadas por narraciones también antiguas, antiguas de esa antigüedad que da la madurez creativa.

¡Buen instante ése en que Pacífico determinó rehabilitar ante el recuerdo público esta obra que nuestro gran d'Halmar, singular maestro, llamara obra inimitable! Acaso en las letras americanas, *Comarca del Jazmín*, de Oscar Castro, sólo tenga su gemelo. Este podría ser, aquella otra maravilla de la prosa nacional que se llama *A Rodar Tierras*, y que firmara allá por tiempos ya herrumbrosos el gran desencantado soñador, o sea, el mismo d'Halmar.

Si nos preguntamos a veces qué es la infancia, y el sentimiento y la razón se amedrentan como ante un hecho no sospechado, ante un acontecimiento mágico cuyo encantamiento no hay que romper, es menester entonces adentrarse lentamente por los predios de esta "comarca del jazmín" donde la vida se transfigura y se hace gracia plena de vivencias imponderables ataviadas de rica poesía.

Decimos poesía, y no pensemos por esto que Juanito, el habitante sorprendido, humanísimo, de esta "comarca del jazmín" es un muchacho-mariposa cuya función de existir es el deleite permanente. Al contrario, pocas veces la literatura narrativa chilena asistió a un espectáculo más puro de verdad, de tragedia simplísima, de dramatismo sublimizado por el ansia creadora. Más aún, el poeta profundo que era Oscar Castro, no encontró ni en sus más celebra-

dos versos los elementos más propicios para cantar a la vida como en esta pequeña pero gran novela de infancia. Una sutil ilación psicológica nos acerca a pormenores de una vida anónima hasta que la imaginación de Castro la pone en contacto con nuestros sentimientos.

A Juanito le ocurre mucho, poco o nada. Le ocurre lo que a todos los niños. Pero, hay algo importante. La vida de Juanito tiene la virtud de ser tocada por la pupila del poeta, y es mediante el sortilegio de la humanidad poética de Oscar Castro, que nuestro muchacho se revela, adquiere volumen, camina de un modo diferente, vive más cerca de los orígenes de la naturaleza de las cosas, y sus coloquios internos, y sus sorpresas, y sus sufrimientos adquieren los contornos de lo personal, de lo propio, de lo diferenciado. Así, todo un mundo se levanta a través de las querellas silenciosas del niño frente a la existencia.

De la vasta herencia dejada a la literatura americana por Oscar Castro, *Comarca del Jazmín* destaca sus perfiles particularísimos. Es lo más puro, lo más robusto de transparencia que se desprendió de su laboriosa y sorprendente pluma.

Luego, los cuentos que, como complemento acompañan a *Comarca del Jazmín*, pertenecen a diversas etapas de nuestro malogrado escritor. Espigados de volúmenes como *Huellas en la tierra* y *La Sombra de las Cumbres*, corresponden sin duda a los más representativos del autor. ¿Cómo olvidar la honda gracia criolla, por ejemplo, que se desprende, jugosa y sabrosa, de *El Callejón de los Gansos*? ¿O el hálito de vida primitiva, vigorosamente humana, que arranca a jirones de su cuento *El Ultimo*? Oscar Castro, escritor agrario y rural por excelencia, entendió la tierra y a sus hombres; pero, al hablar de él, no hay que pensar exclusivamente en el criollismo tradicional de nuestra literatura. A este criollismo, Oscar Castro aplicó un sentido nuevo, de personal ternura, de audacia poética, y así su arte narrativo es diferenciado, aunque criollo como las raíces de las viejas vegetaciones de la zona central y la sangre caudalosa que solevanta la piel de las manos de nuestros rudos labriegos.



Hay que conocer la tierra y los hombres de Oscar Castro, este poeta, cuentista y novelista, que con ello nos emparentamos a la simpleza, a la gallardía, al lenguaje y a la prestancia picaresca e incluso a la paciente condición humana del huaso.—NICOMEDES GUZMÁN.



“LUGAR DE ORIGEN”, de *Jorge Carrera Andrade*. Casa de la Cultura Ecuatoriana, Quito, Ecuador, 1951. 156 págs.

El poeta ecuatoriano Jorge Carrera Andrade (n. en 1903), pertenece a lo más alto de la nutrida falange de excelentes poetas hispanoamericanos contemporáneos.

Utilísimo sería, para la comprensión de la obra poética de Carrera, el compararla con la de Neruda, de quien es contemporáneo, o con la de Vallejo. Ello no podría caber en el ámbito modesto de este bosquejo informativo.

“Una capacidad receptiva asombrosa. Y una fuerza lírica con aptitud para reducir a barro propio las más lejanas y disímiles influencias”, dice de él Benjamín Carrión (1).

Muestra de esta receptividad a que alude el crítico anterior, y que nosotros llamaríamos plasticidad, raro poder de asimilación, es una obra de Carrera que nos llega juntamente con la que comentamos: *Poesía francesa contemporánea* es su título. Es una antología. La selección y traducción de los poemas incluidos le pertenecen. Vertidas con finura y decoro, nos ofrece muestras de la producción postsimbolista y novísima de la lírica francesa. Desde Saint-Pol Roux, que la inicia, hasta Aimé Césaire, pasando por Valéry, Apollinaire, Supervielle, Eluard, etc., se encuentran representados en esta personalísima antología.

---

(1) Benjamín Carrión, “Índice de la poesía ecuatoriana contemporánea”. Ercilla, Stgo. 1937.